

Anuario de Estudios Americanos, 75, 2
Sevilla (España), julio-diciembre, 2018, 667-698
ISSN: 0210-5810. <https://doi.org/10.3989/aeamer.2018.2.10>

El *Anuario de Estudios Americanos*, una atalaya privilegiada para los estudios literarios hispanoamericanos/

The *Anuario de Estudios Americanos*,
a Privileged Watcher for Latin American Literary Studies

José Manuel Camacho Delgado

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-6655-7272>

Universidad de Sevilla

Este artículo analiza el papel que han desempeñado los estudios filológicos en los 75 años del Anuario de Estudios Americanos, tomando en consideración no solo aquellos textos que centran su atención en el ámbito literario, sino también, todos aquellos estudios históricos e historiográficos que de alguna forma tienen una vocación literaria.

PALABRAS CLAVE: Textos literarios; Vocación literaria; Contexto político; Estudios coloniales; Narrativa hispanoamericana; *Boom*.

This article analyzes the role that philological studies have played in the 75 years of the Anuario de Estudios Americanos, taking into account not only those texts that focus their attention on the literary field, but also on all those historical and historiographical studies that in some way have a literary aspect.

KEYWORDS: Literary texts; Literary aspect; Political context; Colonial studies; South American narrative; *Boom*.

La ciencia historiográfica, un eficaz antídoto contra el mortero ideológico del franquismo

La creación de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos (EEHA) en 1942 y la consiguiente publicación periódica del *Anuario de Estudios Americanos* supuso, visto con la distancia necesaria, un primer cimiento sobre el que comenzar a reconstruir la maltrecha cultura española, arrasada literalmente por la guerra civil y la implacable represión política y militar de la dictadura franquista, con una intelectualidad amordazada en su mayor parte, cuando no encarcelada, perseguida, o transterrada, como la llamó José Gaos, con destinos inciertos en la Europa democrática o en los diferentes países hispanoamericanos que tuvieron la generosidad de recibir a los miles y miles de españoles —intelectuales o trabajadores de base— que cruzaron el océano para buscar una nueva oportunidad en esa patria común y tan dolorosa como fue la del llamado exilio republicano. México, Argentina, Puerto Rico, Chile fueron algunos de los países en los que la España peregrina y transterrada comenzaba su nueva andadura a la espera de la caída siempre inminente y siempre postergada de la dictadura franquista.¹ Es más que evidente que en este contexto postbélico, la creación de una revista historiográfica debía tener un escoramiento ideológico para apuntalar el proyecto nacionalcatólico que habría de perpetuarse durante casi cuatro décadas, subrayando y recalcando todo lo que tuviera conexiones con el nacionalismo español, la imagen providencial de esa «España grande y libre», que había sido cabeza del Imperio cristiano y envidia durante siglos de todas las naciones del mundo civilizado. Es fácil pensar que la revista debía ser un órgano difusor del recién estrenado franquismo político y

1 Los primeros años del nuevo siglo han coincidido con una preocupación exponencial por todo lo relativo al exilio provocado por la guerra civil, vinculado a la recuperación de la memoria histórica y a la percepción creciente de que la Transición democrática iniciada tras la muerte del dictador dejó demasiados asuntos ocultos o sin resolver, por inconvenientes, por dolorosos, porque podrían reabrir «viejas heridas» (según la proclama habitual de un discurso conservador), lo que ha llevado a muchos investigadores a indagar en los pormenores y en la vida cotidiana de lo que Juan Ramón Jiménez llamó la «España peregrina». Quisiera destacar la labor titánica desarrollada en este campo de trabajo por el prestigioso profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona, Manuel Aznar Soler, director del Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL) desde 1995. Por la novedad que representa y la visión panorámica que traza destacamos el libro de Jordi Gracia, 2010. Véanse también: Alted, 2005; Balcells y Pérez Bowie, 2001; Caudet, 1992; Chica, 2002; Cordero, 1997; Larraz, 2009; Lida, 2001; Mancebo, 2008; Matezanz, 1999; Sánchez-Cuervo, 2008 y Santonja, 2003. Destacamos, finalmente, los libros de Aznar Soler, 1998, 2003 y 2006. La finalización de este trabajo ha coincidido con la aprobación del Decreto Ley (13/09/2018) de exhumación de los restos del dictador Francisco Franco, que van a ser retirados del Valle de los Caídos.

sociológico, una especie de catecismo académico en el que se diera difusión al protagonismo histórico de España, se rescataran las glorias de antaño, se restituyera, de alguna forma, la grandeza de sus héroes, la impresionante dimensión de su gesta militar, la labor casi mesiánica de sus gentes, que llevaron no solo la Biblia y la lengua —compañera inseparable del Imperio como la llamó Elio Antonio de Nebrija—, sino también una forma de organizarse en sociedad con estructuras y mecanismos inexistentes en las culturas precolombinas. Pero no fue así.

El análisis minucioso de los artículos y ensayos publicados en el *Anuario de Estudios Americanos* revela importantes sorpresas científicas más allá de las adscripciones políticas de sus colaboradores o del control feroz ejercido desde los diferentes órganos encargados de la censura bibliográfica. Por otra parte es evidente que los trabajos específicos dedicados a la literatura, tal y como los entendemos hoy en día, tardan en aparecer, no solo porque el enfoque inicial del *Anuario* estaba claramente dedicado a la ciencia histórica, con todas sus variantes y tendencias, sino también porque son años en los que la mirada colonialista o neocolonial aun no ha segregado a la literatura hispanoamericana de la española, presentándose de manera recurrente como un apéndice —a veces colorista y exótico— de la literatura que se produce en la península. De hecho, solo hay que cotejar los manuales literarios al uso para comprobar que la literatura del Nuevo Mundo queda reducida a algunos nombres relacionados con la lírica, como José Martí, Julián del Casal, Amado Nervo o Rubén Darío, y que no hay noticia alguna de un fenómeno que se está gestando de forma simultánea al otro lado de nuestra orilla común, como fue la nueva narrativa hispanoamericana, cuyo texto pionero y fundacional, *El pozo* (1939), de Juan Carlos Onetti, iba a abrir las puertas a una forma de concebir la literatura, más allá del tradicionalismo criollo, las obsesiones regionalistas y las limitaciones de la llamada literatura terrígena. A través de una formidable conjunción de elementos, la mejor y más influyente narrativa del siglo XX surge de forma paralela a una revista que se ha convertido con los años en santo y seña del americanismo internacional, cuyo catálogo de colaboradores y firmantes resulta abrumador, en algunos momentos rutilante, cartografiando desde la diversidad interpretativa los avances en el conocimiento del mundo americanista desde ángulos dispares, planteando líneas de investigación que resultaron claramente innovadoras, y hasta transgresoras, en el marco científico y humanístico de la época.

Valga como ejemplo lo que leemos en el tomo IV de 1947, a propósito de un larguísimo ensayo del médico e historiador gaditano Gonzalo Díaz de Iraola, titulado «La vuelta al mundo de la expedición de la vacuna», más tarde reconvertido en libro. En él encontramos un epígrafe titulado «La poesía de Manuel J. Quintana y la vacuna», en donde se da buena cuenta del interés que suscitó este tema médico-científico entre la intelectualidad ilustrada tanto en España como en Hispanoamérica. El tema tiene su origen en la expedición comandada por el médico Francisco Javier Balmis para llevar la vacuna de la viruela a los territorios de ultramar, en lo que se llamó Real Expedición Filantrópica de la Vacuna (1803-1804), ordenada por el monarca Carlos IV y que inspiró, entre otras composiciones, la *Oda a la vacuna* (1804) del escritor venezolano Andrés Bello. En el mismo tomo, Cristóbal Bermúdez publicó un texto que tendría gran influencia décadas más tarde, sobre todo entre los filólogos e historiadores del libro sevillanos, que veían en trabajos de este tipo un primer y decisivo acercamiento al mundo de las imprentas y la elaboración y distribución del libro por el continente americano, ampliando así el campo de intereses de la moderna filología.² De alguna forma, el texto de Bermúdez estuvo en el punto de mira de uno de los grandes bibliófilos de la Universidad de Sevilla, el profesor Klaus Wagner, y fue coronado con un libro espléndido por parte del investigador británico Clive Griffin.³

Pulsiones, escoramientos, vetas ficcionales... todos los caminos conducen a la literatura

Es evidente que los trabajos históricos publicados por el *Anuario* tienen siempre una pulsión literaria, como si a través de la literatura se completara la formación historiográfica. Hay, en cierto sentido, una manera intuitiva de acercarse a lo que Enrique Pupo-Walker llamó «la vocación literaria del pensamiento historiográfico»,⁴ abriendo nuevos derroteros que permitían estudiar el corpus historiográfico colonial en clave literaria,⁵ lo que justificaría desde los principios de las ciencias sociales, la idea mantenida a lo largo del tiempo por García Márquez y otros escritores del *boom*,

2 Bermúdez Plata, 1947.

3 Griffin, 1991.

4 Pupo-Walker, 1982.

5 Véase Barrera López, 1986.

de que el origen de la literatura mágica del Caribe es el *Diario de a bordo* de Cristóbal Colón.⁶ Incluso se ha llegado a plantear la idea de que la ausencia de novelas en Hispanoamérica hasta el primer cuarto del siglo XIX, hasta el *Periquillo Sarmiento* de Lizardi (1816), se debe, en parte, a que las crónicas de Indias, con sus continuos escoramientos hacia la ficción, habrían ocupado el lugar natural que le correspondería a la prosa de ficción.⁷ Sea como fuere, es evidente que hasta que se normalicen los artículos dedicados a la literatura hispanoamericana en los años ochenta, son muchos los textos que recrean estas vetas ficcionales que contempla la historiografía americana.

No podía ser de otra forma que Cristóbal Colón tuviera un protagonismo central desde el principio, desde el primer volumen publicado por el *Anuario*,⁸ compartiendo espacio con otros temas fundamentales del americanismo como el almirantazgo de Castilla o las bulas de Alejandro VI, en donde sus autores, Florentino Pérez Embid o Miguel Giménez Fernández, desarrollan de forma minuciosa toda una red de conocimientos sin las limitaciones de papel y de espacio con que cuentan los investigadores actuales. Quien habla de Cristóbal Colón es otro de los historiadores de postín, Antonio Rumeu de Armas, un clásico de la historiografía canaria, quien aborda diferentes aspectos de la estancia de Colón en Barcelona y deja en uno de sus epígrafes la siguiente perla: «La fama póstuma y la fantasía de los escritores» (I, 1944, 464-470), refiriéndose, obviamente, a los escritores que escribieron sobre el Almirante cuya suerte póstuma estuvo sujeta a todo tipo de vaivenes. Este primer tomo cuenta también con un colaborador importante, Emiliano Jos, quien toma la figura de Hernando Colón como pretexto y punto de partida para plantear cuestiones de gran calado en su ensayo «Investigaciones sobre la vida y obras iniciadas por Don Fernando Colón», texto que cubre un total de 175 páginas, desde la 525 a la 700, lo que equivale en términos de amplitud historiográfica a una auténtica monografía que le permite explorar la época del Descubrimiento, indagando en las relaciones de la familia Colón con su entorno. Nos interesa de manera muy especial para nuestro cometido rescatar uno de los epígrafes iniciales, titulado «Los escritores contemporáneos» (I, 1944, 548-553), donde rastrea la impronta historiográfica, con su evidente escoramiento literario, en

6 Véase García Márquez, 1991.

7 Este tema lo he tratado en mi texto «El extraño vacío de la novela colonial». Camacho Delgado, 2008, 9-13.

8 Para evitar reiteraciones excesivas en las referencias de artículos del *Anuario de Estudios Americanos* (AEA), indicaremos el volumen, año y páginas, omitiendo el nombre de la revista.

autores —ya sean historiadores o cronistas de Indias— como Fernández de Oviedo, Las Casas, Pedro Mexía, Pedro de Medina, López de Gómara, García Matamoros o Juan de Mal Lara.

En los números siguientes del *Anuario* se consagra una tendencia habitual de la revista en las décadas siguientes, como es su predilección por todo lo relacionado con el mundo colonial, desde los momentos fundacionales hasta bien entrado el siglo XVIII, en donde hay un importante número de textos dedicados a los personajes relevantes de la época, las expediciones más significativas, la organización social de los diferentes asentamientos, las relaciones políticas y económicas con los virreinos, los avances en agricultura, minería, infraestructuras, comunicaciones marítimas y terrestres, recursos hidrográficos, en todo aquello que de alguna manera traza las dimensiones colosales de aquel Nuevo Mundo que crece de forma imparable.

Muchos de los temas que forman parte del mundo colonial tienen siempre una pulsión literaria, quizás por lo sorprendente que llegan a resultar las informaciones que dan los protagonistas y testigos de la época o por las propias vicisitudes del personaje o episodio estudiado.⁹ Así ocurre con un artículo pionero en todos los sentidos como es el de Manuel Giménez Fernández, «Los restos de Cristóbal Colón en Sevilla» (X, 1953, 1-170), que constituye por su propia extensión una obra completa, en donde se trata uno de los temas más controvertidos de la historiografía colombina, como es el azaroso destino póstumo de los restos del Almirante,¹⁰ lo que llevó a García Márquez a decir que es

quizás el único hombre de la Historia del cual existen tres tumbas en distintos lugares del mundo y no se sabe a ciencia cierta en cuál de las tres se encuentra. Hay una en la catedral de Santo Domingo, otra en la de La Habana y otra en la de Sevilla.¹¹

No menos sugerente desde una visión literaria resultan algunas de las informaciones vertidas por Helena Ruiz en su trabajo «La búsqueda de Eldorado por Guayana» (XVI, 1959, 1-166), en donde aparece una figura central del periodo como es el corsario doradista Sir Walter Raleigh, un

9 Destacamos los siguientes artículos en los que están presentes numerosos elementos literarios que conceden cierto grado de hibridez intergenérica a la investigación: Rumazo, 1946; González Palencia, 1949; Hidalgo Nieto, 1949; Muro Orejón, 1950; Acevedo, 1951; León, 1977; Iwasaki Cauti, 1994; Areta Marigó, 1999; Coello de la Rosa, 2004; Azcona Pastor y Guijarro Mora, 2013; García Redondo y Varela, 2013; Martínez Martínez, 2015; o Egaña Rojas, 2015.

10 Véase también Bermúdez Plata, Cristóbal, «Los restos de Colón», AEA, VIII, 1951, 1-11.

11 Rentería Mantilla, 1979, 196.

personaje que ha generado auténtica fascinación entre los narradores hispanoamericanos y al que García Márquez situó en el portentoso mundo mítico de Macondo como un huésped privilegiado.¹²

Tras revisar y cotejar todos los índices del *Anuario* certificamos el interés creciente que se produce en torno a los cronistas e historiadores de Indias a partir de los años setenta, momento en el que se abren y ramifican nuevas líneas de investigación e interpretación sobre cómo fue la difícil recepción del Nuevo Mundo en la mentalidad europea de la época, tal y como rastreó John H. Elliot en su clásico *El viejo mundo y el nuevo* (1970), en el que mostraba de una manera tan didáctica como incontestable, el empedrado camino que recorre la intelectualidad europea para asimilar los cambios, a veces a trompicones, que procedían de las noticias que llegaban de ultramar y que afectaban a todos los órdenes de la vida, poniendo en cuestión el conocimiento tradicional heredado de la Biblia y de los santos padres de la Iglesia, los escritos de Aristóteles, la sabiduría espacial transmitida por los grandes geógrafos y cartógrafos de la Antigüedad y, en general, dejando a la intemperie todas las enseñanzas procedentes de los diferentes órdenes que habían alimentado a la vieja Europa. En este sentido son muy interesantes los trabajos de Mario Góngora («El Nuevo Mundo en el pensamiento escatológico de Tomás Campanella», XXXI, 1974, 385-408), Florentino Pérez Embid, figura clave en los inicios de la EEHA, que acababa de fallecer («Pedro Mártir de Anglería, historiador del Descubrimiento de América», XXXII, 1975, 205-215), Manuel Moreno Alonso («América española en el pensamiento de Voltaire», XXXVIII, 1981, 57-100), Begoña Souviron López («Arcadia y Nuevo Mundo: un capítulo de la historia de Utopía», LIII-1, 1996, 195-213) o Juan Gil («Los orígenes del Colombinismo en la España Ilustrada», 65-1, 2008, 121-152), investigador de altísimos vuelos y cultura oceánica que ha destacado de manera sobresaliente en este recorrido no siempre fácil entre la historia y la literatura, como ya demostró en su trilogía *Mitos y utopías del Descubrimiento* (1989), y que desde muy pronto supo ver la importancia de Colón en el contexto escatológico de la época, ungido por múltiples contradicciones teológicas y todo tipo de retorcimientos argumentales, visibles en «Pedro Mártir de Anglería, intérprete de la cosmografía colombina» (XXXIX, 1982, 487-502).

En los años setenta se pone de moda tanto en las universidades europeas —fundamentalmente francesas e inglesas— como en las norteamericanas,

12 Véase Camacho Delgado, 2009.

una nueva línea de investigación referente al mundo del libro, desde su elaboración en las imprentas del ramo, hasta su distribución y comercio por todo el territorio hispanoamericano. Además, se adoptan nuevas perspectivas en el estudio de las bibliotecas americanas, en parte porque los hallazgos sorprendentes de libros y obras que formaban parte del coto de caza del Tribunal del Santo Oficio, coronando todas las listas de libros prohibidos, venían a demostrar que el comercio de libros, estuviesen o no prohibidos, funcionó de forma regular, incluida la variante clandestina, certificando que los ejemplares prohibidos llegaron a tiempo para satisfacer la demanda originada al otro lado del océano. Son varios los trabajos importantes que recoge el *Anuario*, como el ensayo de Carlos Sanz, «La imprenta y su relación con los descubrimientos geográficos» (XXIX, 1972, 575-584), o el trabajo firmado al alimón por dos investigadores vinculados durante años a la Escuela, Antonio Muro Orejón y Fernando Muro Romero, titulado «Los libros impresos y manuscritos del Consejo de Indias» (XXXIII, 1976, 713-854). Un experto en la materia como es el investigador peruano Teodoro Hampe Martínez, fallecido de forma prematura, ha dejado dos textos de gran calado: «Lecturas de un jurista del siglo XVI» (XLI, 1984, 143-193) y «Una biblioteca cuzqueña confiscada por la Inquisición» (XLV, 1988, 273-315). Sobre el estudio pormenorizado de las bibliotecas,¹³ destaca el artículo de María Magdalena Guerrero Cano titulado «La biblioteca de la Secretaría del Gobierno superior civil de Santo Domingo (1862-1864)» (XLV, 1988, 317-341). Uno de los grandes expertos en bibliotecas, comercio e itinerancias del libro, Carlos Alberto González Sánchez, habitual reseñista e informante del *Anuario*, también ha dejado su contribución con el trabajo «Consideraciones sobre el comercio de libros en Lima a principios del siglo XVII» (LIV-2, 1997, 665-692). En una línea parecida se encuentra el texto de Pedro Rueda Ramírez, «Las rutas del libro atlántico: libros enviados en el navío de Honduras (1557-1700)» (64-2, 2007, 61-86). Este último autor es el coordinador del dossier «Circulación y venta de libros en el mundo americano en la Edad Moderna: de los circuitos atlánticos a los mercados locales», publicado en 2014, en el que colaboraron, además del propio Rueda —autor de la «Presentación» y del artículo «Las redes comerciales del libro en la colonia: «peruleros» y libreros en la Carrera de Indias (1590-1620)», *AEA*, 71-2, 415-421 y 447-478 respectivamente—, los investigadores Natalia Maillard Álvarez («Aproximación a la creación de las redes de

13 Para una panorámica general sobre este asunto véase González Sánchez, 2001.

distribución de libros en América a través de las fuentes españolas (segunda mitad del siglo XVI)», *Ibidem*, 479-503) y Nora E. Jiménez («Cuentas fallidas, deudas omnipresentes. Los difíciles comienzos del mercado del libro novohispano», *Ibidem*, 423-446).

Entre los temas desarrollados en el *Anuario* desde mediados del pasado siglo tienen un especial protagonismo todos aquellos artículos que de una forma u otra se relacionan con la identidad hispanoamericana, con el mundo indígena y la diversidad racial derivada del propio proceso de conquista y colonización. Desde muy pronto encontramos textos que plantean los límites de esta identidad, como hacen José Luis Bustamante y Rivero («Panamericanismo e iberoamericanismo», VIII, 1950, 323-397), Jorge Comadrán Ruiz («En torno al problema del indio en el Río de la Plata», XII, 1955, 39-74) o José Antonio Calderón Quijano, director de la EEHA durante muchos años («Población y raza en Hispanoamérica», XXVII, 1970, 733-785).

En 1971 el *Anuario* dedica un monográfico a la cuestión indígena, inaugurando un enfoque temático, de amplio espectro metodológico, que se mantendrá hasta la fecha. En este volumen colaboran investigadores muy importantes del hispanismo europeo, fundamentalmente anglosajón, como John H. Elliot («América y el problema de la decadencia española», XXVIII, 1971, 1-23), Henry Kamen («El negro en Hispanoamérica», *Ibidem*, 121-137) o John Fisher («La rebelión de Túpac Amaru y el programa de la reforma imperial de Carlos III», *Ibidem*, 405-421), a los que se suman otros nombres ilustres de nuestro americanismo entre los que quisiera destacar al profesor Paulino Castañeda Delgado («La condición miserable del indio y sus privilegios», *Ibidem*, 245-335). A una mirada centrada especialmente en la situación socio-económica de la población indígena, se han venido sucediendo otros enfoques más innovadores, centrados en la formación cultural del indio y todo lo relacionado con su proceso de «asimilación cultural» en las sociedades coloniales, como lo muestran los trabajos de Juan B. Olaechea Labayen («Las universidades hispanas de América y el indio», XXXIII, 1976, 855-874) o Sergio Rodríguez Lorenzo («Un capítulo de la historia de la escritura en América: la enseñanza de las primeras letras a los indios en el siglo XVI», LVI-1, 1999, 41-64). Tampoco podían faltar artículos relacionados con la esclavitud que de alguna manera se vincularan con la literatura, como es el texto de Vicenta Cortés Alonso, «Los esclavos domésticos en América» (XXIV, 1967, 955-983), en el que analiza el perfil como amo de uno de los grandes poetas coloniales, el sevillano Juan de

Castellanos; o el trabajo de Enriqueta Vila Vilar, una figura mayor en los estudios sobre la esclavitud en Hispanoamérica, con múltiples publicaciones sobre este tema, entre las que destaco «Intelectuales españoles ante el problema esclavista» (XLIII, 1986, 201-214).¹⁴ A mitad de camino entre el mundo indígena y la esclavitud no podían faltar los estudios dedicados a una figura mayor como fray Bartolomé de Las Casas, como vemos en el tomo XXIII de 1966, en donde, a modo de monográfico, hay varios artículos dedicados al «defensor de los indios», con trabajos señeros de Lewis Hanke («La fama de fray Bartolomé de Las Casas», XXIII, 1966, 1-19), Raymond Marcus («La transformación literaria de Las Casas en Hispanoamérica», *Ibidem*, 247-265), Juana Gil-Bermejo García («Fray Bartolomé de Las Casas y *El Quijote*», *Ibidem*, 351-361) o Eugenio Fernández Méndez («La Historia de las Indias y la prohibición de editarla», *Ibidem*, 363-376). Un año más tarde, Salvador Cruz pone al fraile dominico en relación con las tensiones políticas y sociales que habrían de poner punto final al virreinato de Nueva España en su artículo «El Padre Las Casas y la literatura de independencia en México» (XXIV, 1967, 1621-1639).

El dulce maridaje de la literatura en el *Anuario de Estudios Americanos*

Es evidente que la situación política del país hasta la llegada de la democracia y la aprobación de la Constitución de 1978 condiciona de forma decisiva no solo las publicaciones que aparecen en el corpus del *Anuario*, sino que determina la propia materia de estudio de los investigadores, profesores y especialistas vinculados a la universidad española durante la larga posguerra y el larguísimo tardofranquismo. El «atroz desmoche», como lo llamó Pedro Laín Entralgo,¹⁵ deja una universidad esquilmada, saqueada, marcada por la persecución, el aislamiento y el exilio de sus miembros, cuando no aterrorizada con la amenaza continua y la ejecución sumaria de muchos de sus miembros leales a la Segunda República. En este contexto en el que domina el mortero ideológico del franquismo, los

14 De los trabajos que relacionan esclavitud y literatura puede verse el artículo de François Hoffmann, «Esclavitud y tensiones raciales en Haití a través de la literatura», *AEA*, XLIII, 1986, 353-364.

15 Cfr. la obra de Claret Miranda, 2006. Véanse también los trabajos de Gracia, 2004; Montoro, 1981; Nieto, 1984.

departamentos de literatura se llenan de docentes que huyen de todo lo que tenga algún vínculo con la modernidad hispánica, ejemplificada en las generaciones del 98¹⁶ y del 27, coetáneas, en muchos casos, a los propios investigadores.¹⁷ El estudio del mundo colonial o de la literatura áurea española garantiza cierta dosis de tranquilidad con el régimen, una manera de pasar de perfil y evitar una exposición pública y política con opiniones que podrían ser comprometedoras, sobre todo si se entraba en la literatura creada por aquellos escritores que fueron fusilados —caso de Federico García Lorca—, castigados hasta la muerte —como Miguel Hernández— o perseguidos hasta más allá de las fronteras de la geografía franquista, como ocurre con Antonio Machado, Rafael Alberti, María Teresa León, María Zambrano, Pedro Garfias, Manuel Altolaguirre, Rosa Chacel, Juan Ramón Jiménez, Max Aub o Luis Cernuda, por citar algunos casos representativos de una pléyade de escritores que se ven obligados a convertir el exilio en una segunda patria.

En este contexto resulta evidente el enfoque unidireccional que adquieren las investigaciones en curso, en donde lo colonial se alterna con estudios sobre la literatura del Siglo de Oro y en algunos casos se complementan, como es el caso del trabajo de Francisco López Estrada, fundador de la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla, quien se estrena en el *Anuario* con un artículo dedicado a un poeta antequerano que vivió parte de su vida en el Perú, «Datos para la biografía de Rodrigo de Carvajal y Robles» (IX, 1952, 577-596), y más tarde pone en valor un libro clásico de los estudios novohispanos en su texto «Un libro pastoril mexicano: *El Siglo de Oro* de Bernardo de Balbuena» (XXVII, 1970, 787-813). No son frecuentes los estudios centrados en la literatura peninsular, por eso llama la atención el artículo de Higinio Capote titulado «La epístola quinta de Juan de la Cueva» (IX, 1952, 597-616), dedicada al poeta y dramaturgo sevillano, quizás porque vivió en México entre 1574 y 1577.

Los artículos sobre literatura colonial apuntan en todas las direcciones, pero es evidente que Colón y todo lo relacionado con el personaje histórico, incluida su familia, tienen un protagonismo especial, tal y como puede verse en el texto publicado por Consuelo Varela en este mismo volumen conmemorativo (2018). De esta autora, vinculada durante años como directora de la Escuela y del propio *Anuario*, destacamos «La obra poética

16 Véase el trabajo de Ruiz Acosta, 2001.

17 Este es el tema de la novela del escritor sevillano Isaac Rosa, *El vano ayer* (2004).

de Hernando Colón» (XL, 1983, 185-201), que comparte volumen con el ensayo de Juan Gil «La épica latina quinientista y el Descubrimiento de América» (*Ibidem*, 203-251).

En líneas generales, los dos virreynatos más importantes, el de Nueva España y el de Nueva Castilla, centran buena parte de la atención literaria, quedando un tanto relegados los otros territorios de ultramar, que irán adquiriendo protagonismo en fechas más recientes. Perú cuenta con un escritor fundamental en este sentido, como es el Inca Garcilaso de la Vega, quien suele estar muy presente de manera transversal en los trabajos que tocan el Perú virreinal y sobre quien encontramos algunos artículos específicos, como el de Francisco Solano, «Los nombres del Inca Garcilaso: definición e identidad» (XLVIII, 1991, 121-150) o el de Carmen de Mora, «Semblanza del Adelantado Hernando de Soto en *La Florida del Inca*» (XLII, 1985, 645-656), y un número nada desdeñable de reseñas de sus obras editadas, como las de Guillermo Lohmann Villena (XII, 1955, 899-900) o Miguel Maticorena Estrada (XVII, 1960, 738-740). En los últimos años han sido reseñados dos volúmenes importantes sobre esta figura controvertida y fascinante, desgarrada en su mestizaje, que representa mejor que nadie el impulso trasatlántico de los primeros momentos de la colonización, como vemos en el libro editado por Raquel Chang-Rodríguez, *Franqueando fronteras. Garcilaso de la Vega y La Florida del Inca*,¹⁸ y en el de Carmen Bernand, *Un Inca platonicien. Garcilaso de la Vega. 1539-1616*.¹⁹

Los artículos sobre la literatura colonial peruana son abundantes y, dadas las fechas tempranas de su publicación, contribuyen a consolidar un canon a veces escurridizo de las letras hispanoamericanas, como ocurre con el texto de Luis Jaime Cisneros «Sobre la literatura virreinal peruana (Asedio a Dávalos y Figueroa)» (XII, 1955, 219-252), y un año más tarde José Joaquín Real plantea ya las peculiaridades genéricas de una obra inclasificable en «Don Alonso Carrió de la Vandra autor del *Lazarillo de ciegos caminantes*» (XIII, 1956, 387-416). Un colaborador clásico del *Anuario*, el investigador peruano Guillermo Lohmann Villena, se estrena en 1948 con un artículo titulado «Enrique Garcés, descubridor del mercurio en el Perú, poeta y arbitrista» (V, 1948, 439-482), en donde no solo resalta la condición técnica y científica de Garcés, de origen portugués, a la hora de localizar las

18 Reseñado por Carlos Alberto González Sánchez, 64-1, 2007, 336-339.

19 Reseñado por Juan Gil, 64-2, 2007, 292-297.

necesarias minas de azogue para la limpieza de la plata, sino que se detiene en su condición de librero, traductor y poeta, al que el propio Cervantes dedicó uno de los poemas de su *Canto de Calíope*.²⁰ Lo literario supone en este artículo, igual que en muchos otros, una forma de acercamiento al personaje, una manera de completar su figura y su protagonismo histórico. En el mismo volumen encontramos un artículo muy singular de Julio Guillén Tato, «Algunos americanismos de origen marinero» (V, 1948, 615-634), lo que resulta extraño, porque un análisis filológico y lexicográfico tan interesante apenas si tuvo continuidad en la revista.

Una figura clave del periodo, como fue el sevillano Diego Mexía, quien formó parte de la Academia Antártica de la ciudad limeña a finales del siglo XVI, egregio traductor de las *Heroidas* de Ovidio y, sobre todo, autor de la *Primera y Segunda parte del Parnaso Antártico*, es el autor estudiado por Andrés Pociña en «El sevillano Diego Mexía de Fernangil y el humanismo en Perú a finales del siglo XVI» (XL, 1983, 163-184).²¹ El *Anuario* ha servido también para rescatar a figuras muy olvidadas de la tradición peruana, como lo muestran los artículos de Therencia Silva Rojas, «La canción criolla en el Perú: imágenes y valores en la obra del compositor popular Felipe Pinglo Alva» (XL, 1983, 139-161), y Alfonso García Morales, «*Las fiestas de Lima* (1632), de Rodrigo de Carvajal y Robles» (XLIV, 1987, 141-171).

Para el caso del virreinato de Nueva España llama la atención la ausencia de los grandes nombres de esta literatura, como Juan Ruiz de Alarcón o Sor Juana Inés de la Cruz, no porque el *Anuario* no tuviera interés en publicar textos sobre estos grandes autores, sino porque no llegaron o los que entraron en la redacción fueron rechazados por no cumplir los parámetros de calidad exigidos. Los artículos que encontramos en el índice general de la revista tienen poca relevancia o están referidos a autores casi invisibles para el canon literario.²² Sí le corresponde al *Anuario* el mérito de haber dedicado el espacio necesario a una de las grandes escritoras y pensadoras del periodo barroco, Ana de Zayas, eclipsada en parte por Sor Juana Inés de la Cruz, quien tuvo serios problemas con la Inquisición novohispana, que

20 Lohmann Villena, Guillermo, «Henrique Garcés, múltiple hombre del Renacimiento», en http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtual/libros/historia/trad_clas/henri_gar_mult_hom.htm [Consultado: 15/08/2018].

21 La *Primera Parte del Parnaso Antártico de obras amatorias* ha sido editado con un estudio espléndido por parte de Trinidad Barrera López (Roma, 1990).

22 Para ejemplificar esta circunstancia podríamos citar los artículos de Díaz-Trechuelo, 1966; Peña, 1979; o Díaz, 1981.

la procesó por iluminada entre 1694 y 1700. Los avatares de la escritora barroca y su dimensión estética han sido estudiados por Concepción Zayas en «La escritora Ana de Zayas y el obispo poblano Manuel Fernández de Santa Cruz» (LVIII-1, 2001, 61-81) y «Fuentes neoplatónicas y hermetismo en la heterodoxia de la seglar Ana de Zayas (Puebla de los Ángeles, 1690-1696)» (71-2, 2014, 539-569). Otro escritor ilustre del periodo, don Carlos de Sigüenza y Góngora, es objeto de continuas investigaciones y revisiones, como lo demuestra el seguimiento constante que tiene su personaje más fascinante y misterioso, el puertorriqueño Alonso Ramírez, protagonista y «narrador» de los *Infortunios de Alonso Ramírez*, obra imprescindible en el metagénero narrativo de los naufragios, al que Fabio López Lázaro ha dedicado su ensayo «La mentira histórica de un pirata caribeño: el descubrimiento del trasfondo histórico de los *Infortunios de Alonso Ramírez (1690)*» (64-2, 2007, 87-104).

La modernidad histórica y literaria tiene su particular seguimiento con investigadores que rastrean las huellas del romanticismo hispanoamericano, las consecuencias literarias de la Independencia, la revolución estética que supuso el modernismo o el estatus privilegiado que la historiografía literaria le ha concedido a un escritor fundamental de nuestra tradición literaria, como es Juan Valera. Los estudios sobre el Romanticismo se abren, como no podía ser de otra forma, con un trabajo de Juan Collantes de Terán, titulado «El Romanticismo en Esteban Echeverría» (XXIV, 1967, 1739-1783), donde se pone de manifiesto que la renovación literaria en Hispanoamérica no se produjo en los virreinos que habían vivido su mayor esplendor económico y cultural, ejemplificados en Perú o México, sino que se había producido en un territorio que no había tenido una gran tradición cultural que lo lastrara, como así pasó con los territorios del Río de la Plata. Esteban Echeverría, sin saberlo, en parte porque dejó en un baúl el manuscrito inédito de su relato «El matadero» (1871), iba a revolucionar la manera de hacer literatura y de enfrentar con una mirada crítica y simbólica la situación política vivida en Argentina bajo el duro mando del caudillo Rosas, creando un territorio mítico y fronterizo, un espacio lleno de sangre y vísceras, un matadero con resonancias góticas, situado en una zona limítrofe de la maltrecha ciudad de Buenos Aires donde se van a enfrentar conceptos antitéticos como el progreso (soldado unitario) y la barbarie (el gaucho), acentuando, además, las tensiones existentes entre el centro y la periferia, lo que servirá como paradigma para los futuros creadores y una herramienta de gran utilidad para el análisis filológico. Otros escritores son

objeto de atención en el *Anuario*, como Juan Valera, por sus conexiones con el mundo americano,²³ Eugenio María de Hostos,²⁴ intelectual puertorriqueño comprometido con la independencia hispanoamericana y defensor de la unidad cultural del continente, o las nuevas lecturas que se hacen sobre la obra del gigante nicaragüense Rubén Darío,²⁵ además de otros autores que forman parte del contexto cultural en el que anida toda tradición literaria.²⁶ Sin embargo, el autor que más estudios y análisis concita desde ángulos muy diferentes es José Martí, quizás porque desde muy pronto se vio que el poeta cubano era un vigía inexcusable de la modernidad a ambos lados del océano.

Aunque las raíces del modernismo son europeas, este movimiento marcó una profunda revolución en el espíritu hispanoamericano y tuvo sus repercusiones en la España de comienzos de siglo. Desde un principio, la crítica vio el modernismo como un movimiento frívolo, lleno de oropeles y princesas suspirantes, lo que es solo la parte más externa y superficial de la estética modernista. Esta complejidad en su definición, su propio carácter esquivo responde a que no hay un solo modernismo, sino múltiples tendencias que se dan entre región y región, entre unos autores y otros, e incluso dentro de un mismo escritor, tal y como ocurre con la trayectoria de Rubén Darío. Fue, en cualquier caso, un movimiento que aspiró a la libertad absoluta y reaccionó con todas sus fuerzas frente a los modelos ya fatigados del postromanticismo, el academicismo y el exceso de retoricismo del siglo XIX. Es fácil imaginarlo como una «estética de la provocación» frente a una sociedad burguesa y materialista que había convertido al arte en un producto más de consumo. Consumo para disfrute, como cualquier producto extraído de la fábrica, pero que resultaba incómodo y «epatante» a tenor del ataque frontal realizado contra el gusto burgués. Fue Federico de Onís (1934) uno de los primeros críticos en darse cuenta de que el modernismo era más que una estética: era una ética y una visión del mundo. Era también la respuesta artística a una época de crisis generalizada y de cambios profundos en la vida hispanoamericana: cambios que afectaron a la moda, a la arquitectura, al arte, al esoterismo, a toda una forma de vida, tal y como ya vio Martí en su momento.

23 Vilaplanas Montes, 1977. Moreno Alonso, 1989.

24 González-Ripoll, 1998.

25 Mora Valcárcel, 1977.

26 Es el caso de los artículos de Jou, 1992; Lewis Galanes, 1994; Bernabéu Albert, 2005; y Pons, 1998.

En líneas generales, su poesía presenta una intensidad lírica extraordinaria y una perfecta combinación de los elementos típicos de la lírica tradicional con otros de nuevo cuño que serán fundamentales en la renovación poética de finales del siglo XIX. Además, como ya le ocurriera a Baudelaire, auténtico visionario de la poesía y de la sociedad moderna, Martí muestra en todo momento la conciencia de que el hombre ha perdido su enlace con el orden universal y se siente solo y perdido, marcado por el fatalismo y la pesadumbre. Es consciente además de que está viviendo un profundo periodo de transformación, de cambio, y el poeta no es ajeno a esa caída de un estado de gracia que le ha abandonado en el diseño de las nuevas sociedades. Los 27 volúmenes que agrupan sus obras completas, donde hay poesía, teatro, historia, diarios, artículos de prensa, cuentos, crítica literaria y artística, infinidad de proclamas políticas y un corpus considerable de textos revolucionarios con un gran interés literario, muestran no solo su enorme capacidad de trabajo, sino la intensidad con la que el cubano se mueve tanto en la revolución literaria como en la política, y así fue visto con gran tino por parte de los investigadores que desde muy pronto pusieron el foco en el autor de los *Versos libres*, como vemos en el trabajo pionero de Guillermo Servando Pérez Delgado, «Aproximación a la poesía de Martí. El *Ismaelillo*» (IX, 1952, 549-576), en donde analiza la intensidad amorosa de sus imágenes líricas, o en otros más recientes, como los trabajos de Ramón de Armas, Salvador Arias o Ádám Anderle,²⁷ en los que se analizan los posicionamientos de Martí sobre la esclavitud, su mirada crítica desarrollada en sus crónicas o el uso político que se ha hecho de su figura a lo largo del siglo XX.

Llama poderosamente la atención, como ya se ha dicho, la ausencia (posiblemente justificada) de trabajos pioneros que fueran dando buena cuenta de los logros fundamentales que se estaban vislumbrando en la narrativa hispanoamericana desde los años cuarenta y que ha supuesto una nueva época dorada de las letras en español. Quizás la clave de esta ausencia se encuentre no tanto en los criterios de exigencia establecidos por las respectivas direcciones del *Anuario*, como en la difícil y problemática recepción de la narrativa hispanoamericana, que no siempre pudo sortear los escollos estéticos e ideológicos de la censura franquista, al punto que muchas de las novelas mayores de lo que denominamos *boom* de la narrativa hispanoamericana no se publicaron en España hasta la muerte de Franco,

²⁷ Armas, 1986. Arias, 1996. Anderle, 1998. Por sus relaciones con el tema puede verse también el artículo de Ortega, 2004.

como han estudiado Joaquín Marco y Jordi Gracia,²⁸ y fueron muchos los títulos hispanoamericanos que tardaron en aparecer y publicarse con normalidad ante el recelo de los propios escritores españoles que se sintieron relegados en el mercado literario por esta auténtica catarata narrativa que venía a revolucionar la literatura del siglo XX. Sin embargo, del núcleo central del *boom* apenas si hay testigos críticos que den buena cuenta en el *Anuario*, con las excepciones notables de Trinidad Barrera López, que dedica un artículo a Ernesto Sábato, en donde estudia las complejidades narrativas de *Abaddón el Exterminador*,²⁹ o María Caballero Wangüemert, quien hace lo propio con Augusto Roa Bastos,³⁰ escritor que tiene además, en su tarjeta de presentación, ser uno de los exiliados de larga duración de la dictadura paraguaya de Alfredo Stroessner. Resulta curioso que buena parte de los trabajos publicados estén centrados en la literatura argentina, con nombres de postín como Mújica Láinez,³¹ Victoria Ocampo,³² Leopoldo Lugones³³ o Borges,³⁴ referente de la modernidad clásica para buena parte de la crítica americanista, y que países fundamentales de la narrativa actual, como Perú, Colombia, México o Chile, estén prácticamente ausentes. Esto puede deberse, posiblemente, a que los investigadores han optado por revistas con un perfil más literario para darle mayor visibilidad a sus trabajos. En otros casos, como el ejemplificado por Karl Kohut («Política, violencia y literatura», *AEA*, LIX-1, 2002, 193-222), el texto publicado se mueve en varias direcciones para representar la complejidad de la literatura, permeable siempre a las condiciones sociales, políticas y económicas en las que surge.

Sin embargo, debemos subrayar que el *Anuario* ha adoptado posiciones muy modernas, cuando no vanguardistas, en todo lo referente a los diferentes enfoques filológicos. De hecho, el *Anuario* ha sido completamente permeable a las nuevas corrientes críticas que están triunfando en el ámbito de las ciencias sociales y no solo por la aceptación de artículos cuya temática hubiera sido impensable hace solo unos cuantos años, sino también porque su dirección se ha encargado de promover mediante dossiers el estudio

28 Marco y Gracia, 2004.

29 Barrera, 1980. A la misma profesora le debemos uno de los análisis clásicos de la novela de la Revolución mexicana. Barrera, 1977.

30 Caballero, 1991. A la misma autora debemos también un artículo sobre René Marqués (Caballero, 1980).

31 Garganigo, 1979.

32 Plotkin, 2002.

33 Echeverría, 2004.

34 Rodríguez Martín, 2008.

de temas tradicionalmente alejados, cuando no censurados, en la filología tradicional, como verificamos en el dossier coordinado por Salvador Bernabéu y Emilio José Gallardo, titulado «La represión de la diferencia: homosexualidad en la historia y las letras de las Américas» (67-1, 2010, 15-130) en donde destacan dos artículos claves para entender los llamados estudios *queer*, como son los trabajos de María Ángeles Toda Iglesia, «Lesbianismo y literatura chicana: la construcción de una identidad» (*Ibidem*, 77-105) y del propio Emilio Gallardo, «Pájaros enjaulados: homosexualidad y prisión en *Hombres sin mujer*» (*Ibidem*, 107-130).

La porosidad bibliográfica de la revista ha permitido la publicación de artículos de difícil encaje en otro tipo de publicaciones, como los referidos al teatro hispanoamericano contemporáneo, de tal forma que entre sus páginas se encuentran estudios sobre la metaficción en Roberto Arlt,³⁵ el teatro del absurdo de Virgilio Piñera,³⁶ sobre la realidad política cubana,³⁷ o las representaciones revolucionarias del teatro en México y Chile.³⁸

Se han incorporado, además, nuevas modalidades discursivas y nuevos enfoques metodológicos que suponen un verdadero salto hacia la modernidad por parte de la revista sevillana, como vemos en la incorporación del concepto de «frontera» entre los estudios particulares. Es evidente que la idea de frontera está presente de una u otra forma a lo largo de los años, al punto de que uno de los miembros de la revista, Salvador Bernabéu, es un gran especialista en este tema. Sin embargo, hay en el índice del *Anuario* muy pocas referencias explícitas a este asunto que es fundamental en la conformación del espacio, la cultura y el imaginario americano, más allá de algún texto histórico, como el de Alfredo Jiménez;³⁹ por eso se hizo importante tratar el tema de la frontera en un dossier coordinado por quien escribe este artículo («Fronteras con espinas: literatura, violencia y narco-tráfico», 73-2, 2016, 415-572) y que vino a coincidir en su publicación con la llegada a la presidencia de los Estados Unidos de Donald Trump, con su idea recurrente y machacona de construir un muro en la frontera sur, pagado con dinero mexicano, para impedir los flujos migratorios procedentes de América del Sur. Tal y como ya estudiara Morales Padrón,⁴⁰ hay una serie de lugares comunes que se repiten en este metagénero narrativo, como la

35 Camacho Delgado, 2001. Mavridis, 2014.

36 Gallardo Saborido, 2007.

37 Gallardo Saborido, 2008.

38 Sosenski, 2010. Donoso Rojas, 2017.

39 Jiménez Núñez, 2001.

40 Morales Padrón, 1983.

precariedad económica y social que está en el origen de la inmigración, las dificultades para pasar el río Grande (o río Bravo), uno de los lugares más vigilados y peligrosos de todo el continente y que tiene, tanto en la vida real como en el plano de la ficción, un valor iniciático, de tránsito de un mundo a otro, de una dimensión inferior a otra superior; la falta de escrúpulos de los intermediarios, conocidos como «coyotes» o «polleros», auténticos maestros en el trato vejatorio del «cliente», al tiempo que funcionan como verdaderas cajas registradoras para sacar hasta el último centavo del inmigrante, esgrimiendo siempre las armas del chantaje y el miedo; la necesidad, convertida en obsesión, de viajar cuanto más al norte mejor; la aparición o multiplicación del miedo, el sufrimiento y la congoja derivadas de la propia ilegalidad, a lo que habría que sumar el prejuicio racial, que sitúa a los latinoamericanos en una situación verdaderamente vulnerable, de auténtica indefensión, por debajo incluso de la población negraafricana, convirtiéndolos, en muchos casos, en ciudadanos «invisibles». En los últimos años la literatura da buena cuenta de los intentos de regreso al origen familiar de muchos inmigrantes que quieren volver a su país, a su familia, al espacio de su juventud para poner punto final al viaje. Los trabajos presentados en el dossier tienen en cuenta, además, todas las teorías sobre la «transculturación», desarrolladas por Ángel Rama en su clásico *Transculturación narrativa en América Latina*.⁴¹

Los seis artículos reunidos en la monografía abarcan aspectos muy diversos de la idea de frontera, pensada esta como una membrana permeable que une y divide al mismo tiempo, un espacio permisivo y cómplice, donde se alteran e invierten los valores esenciales de la civilización, como si la frontera formara parte de un antiestado en donde anidan y conviven con la mayor impunidad posible el narcotráfico, el tráfico de armas o de órganos humanos, la prostitución, la violencia indiscriminada o el asesinato masivo de mujeres, troceadas y desmembradas como las estudiadas por Sergio González en *Huesos en el desierto*⁴² y que luego utilizaría Roberto Bolaño en su monumental *2666*. Destaca en este sentido el trabajo presentado por Lise Demeyer («Frontera, narcotráfico y género: las heroínas alternativas de la ficcionalización de la violencia en México», 73-2, 2016, 425-456), sobre la figura de la mujer en este ámbito delictivo y ultraviolento, espacio de confrontación receptivo a todo tipo de patologías, como ha analizado Clemencia Ardila-Jaramillo, a partir de la novela *Hot Sur* de Laura Restrepo

41 Rama, 1982.

42 González, 2002.

(«Fronteras en vilo. Un estudio sobre *Hot Sur* de Laura Restrepo», *Ibidem*, 457-482). En una línea parecida se encuentra el ensayo de la hispanista checa Markéta Riebová («Abordando *borderlands*. La representación literaria de la frontera en la novela *Their dogs came with them* de Helena María Viramontes», *Ibidem*, 499-515), así como el trabajo de Pablo Sánchez sobre la novela *Norte* del escritor boliviano Edmundo Paz Soldán, una de las voces más potentes de la última narrativa hispanoamericana («Después de cruzar la frontera se llega al límite: *Norte*, de Edmundo Paz Soldán», *Ibidem*, 483-498). Uno de nuestros grandes especialistas en literatura chicana, Juan Ignacio Guijarro González, ha preparado un ensayo de gran calado a partir de las novelas policiales del escritor Rolando Hinojosa («Río Grande, Bravo... y sangriento: Narcotráfico, violencia y frontera en *Ask a Policeman*», *Ibidem*, 517-538). Por mi parte, he trabajado la idea de fronteras múltiples al Sur de EEUU, las formas complejas de la violencia practicadas por las bandas juveniles que se ceban con los inmigrantes que tratan de cruzar por México a lomos del tren, conocido como la Bestia, en una de las grandes novelas mexicanas de los últimos tiempos, *La Mara* de Rafael Ramírez Heredia («El infierno sobre rieles. La violencia que no cesa en *La Mara* de Rafael Ramírez Heredia», *Ibidem*, 539-572).

Un tema tan doloroso y mal resuelto todavía en la cultura española contemporánea, como es el exilio republicano, comienza poco a poco a abrirse paso en revistas tan importantes como el *Anuario*, tal y como vemos en el artículo de Esmeralda Broullón Acuña, «El retorno como patrimonio en la obra de María Rosa Lojo» (70-1, 2013, 273-302), y en numerosas reseñas que se comentan en el apartado siguiente. Sin embargo, en el formidable bagaje bibliográfico de la revista sevillana, en la que han participado muchas mujeres investigadoras desde su fundación,⁴³ se echa de menos una mirada más intensa sobre la mujer y sus respectivos contextos, englobados en los estudios de género. Apenas he localizado algunos artículos representativos,⁴⁴ aunque no literarios, y ni una sola referencia a la literatura escrita por mujeres en los dos últimos siglos. Vacío que se completa con otro verdaderamente notable, como es el relacionado con la poesía hispanoamericana contemporánea, de la que casi no hay referencias en los setenta

43 La primera investigadora que aparece en el índice del *Anuario* es María Victoria González Mateos, quien firma el artículo «Marcos Ibáñez, arquitecto español en Guatemala» (AEA, III, 1946, 877-910).

44 Buxó Rey, 1980. Alberti Manzanares, 1994. Aguirrezabala, 2001. Marschoff y Salerno, 2016.

y cinco años del *Anuario*,⁴⁵ a pesar de contar con un parnaso de figuras verdaderamente rutilantes como César Vallejo, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Octavio Paz, Mario Benedetti o Juan Gelman, por citar solo algunos nombres mayores del canon poético latinoamericano.

La literatura hispanoamericana a través de sus reseñas

Las reseñas y noticias que se dan de libros y publicaciones en el *Anuario* casi desde su fundación es un indicador evidente e inequívoco de que los miembros que integraban los primeros consejos editoriales tenían la intención de situar a la revista en la vanguardia de la historiografía americanista, al mismo tiempo que desvelaban una curiosidad necesaria por asuntos que venían de afuera y presentaban una dimensión internacional e, incluso, cosmopolita, todo ello en contraste con los años de autarquía económica y cerrazón política que se viven en la España del primer franquismo. Ya desde 1946 (tomo III) aparecen secciones —como «Varia» o «Bibliografía»— en las que se aplican conceptos claramente modernos, donde se dan noticias de libros o se apunta alguna novedad relevante para la revista, siempre dentro del ámbito americanista. Y es en estas secciones en las que de forma más evidente aparece la literatura hispanoamericana (incluso norteamericana) a través de un muestrario nada desdeñable de las novedades que van surgiendo en esos años, lo que indicaría la permeabilidad y perfecta sintonía que tienen los responsables del *Anuario* con la modernidad bibliográfica, a pesar del atraso cultural de la época, las cartillas de racionamiento, las hambrunas y enfermedades que multiplican el horror de la postguerra.

En esta primera sección bibliográfica de 1946 aparecen libros importantes como *Rubén Darío, un poeta y una vida* de Juan Antonio Cabezas, el *Teatro del arte colonial. Primera jornada en Santa Fe de Bogotá*, de Guillermo Hernández de Alba; *Walt Whitman. El hombre y su obra*, de Cebriá Montolín; *Obras. Poemas y prosas*, de Concha Urquiza (1910-1945), figura central de la poesía mexicana moderna; y dos libros del escritor y crítico chileno Arturo Torres Riosco: *Vida y Poesía de Rubén Darío* y *La gran*

45 Llama la atención que se publique en 1951 el artículo de Arturo Berenguer Carisomo titulado «El mundo lírico de Fernández Moreno» (VIII, 1951, 245-307), justo un año después del fallecimiento del poeta argentino, lo que vendría a corroborar que el *Anuario* estaba abierto desde el principio a enfoques no solo multidisciplinarios, sino también a interesarse por escritores coetáneos que aun no habían sido consagrados en el canon literario hispanoamericano.

literatura iberoamericana. Sin embargo, lo que más llama la atención son las reseñas de los libros *Hernán Cortés* y *Vida del muy magnífico Señor Don Cristóbal Colón*, del gran polígrafo gallego Salvador de Madariaga, exiliado en el Reino Unido tras finalizar la contienda civil, quien fue a lo largo de su vida un símbolo de la lucha antifranquista y de cualquier forma de totalitarismo, incluido el comunismo. En la sección «Varia» hay una reseña extensa con el tema «Las obras de Antonio de Nebrija en América», firmada por el historiador y archivero sevillano Cristóbal Bermúdez Plata (III, 1946, 1040-1046).

En 1954 (tomo XI) se hace cargo de la sección «Historiografía y Bibliografía americanista» uno de nuestros investigadores más insignes, Francisco Morales Padrón, quien muestra una gran sensibilidad en asuntos literarios,⁴⁶ como puede verificarse por los títulos y los subepígrafes que comienzan a publicarse desde esta fecha. Así, en este mismo volumen encontramos los artículos: «América en la literatura española del siglo XVIII», de Anthony Tudisco (XI, 1954, 565-585), donde rastrea las figuras de Colón, Cortés y Pizarro, además de plantear uno de los temas más espinosos de la época, como es el de la «leyenda negra»; y «Noticias sobre el manuscrito de la historia de la Nueva Andalucía del R. P. Fray Antonio Caulín», de José Llavador Mira (*Ibidem*, 587-589). Por la diferencia de páginas puede verificarse que el primero es un artículo de historiografía literaria, mientras que el segundo es una reseña crítica, tal y como la concebimos hoy en día. En este mismo tomo se consolida una sección que estará vigente varios años, titulada «América en la bibliografía española», en donde siempre hay una sección fija dedicada a la literatura. En el siguiente volumen la clasificación se hace más compleja, de tal manera que la sección «Historiografía y Bibliografía americanista» cuenta ahora con varias subdivisiones —Artículos, Informaciones bibliográficas americanas, Reseñas críticas—, lo que permite publicar textos con un empaque considerable, como el de Miguel Maticorena Estrada titulado «Cieza de León en Sevilla y su muerte en 1554. Documentos» (XII, 1955, 615-674) o la reseña dedicada a los «Nuevos Estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega» (*Ibidem*, 899-900), a propósito de un simposio celebrado en Lima ese mismo año, cuyo firmante es Guillermo Lohmann Villena, consolidando de alguna forma una tendencia que dura hasta la actualidad, y es que las reseñas las hacen, casi siempre,

46 La vinculación de Francisco Morales Padrón con la literatura duró toda su vida y fue visible en multitud de trabajos, aunque por su propia temática queremos destacar el clásico *América en sus novelas* (1983).

investigadores de primer nivel, que son grandes especialistas en la materia tratada, lo que traza una idea de la importancia que dio el *Anuario* a esta sección desde su aparición en la revista. En el mismo tomo XII encontramos la reseña de todo un clásico de la historia literaria española, el libro de José Simón Díaz, *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, cuyo autor es nuevamente Guillermo Lohmann Villena (*Ibidem*, 915-916). Cierran la sección unas páginas dedicadas a la literatura dentro del subepígrafe «América en la bibliografía española (Reseñas informativas)» (*Ibidem*, 972-977). En el número siguiente se repite el mismo apartado —«Literatura» (XIII, 1956, 585-589), subepígrafe que se mantiene a lo largo de los años—, y se introduce una novedad muy interesante, como son las reseñas dedicadas a la literatura norteamericana, como vemos en el texto que le dedica Manuel Romero Gómez a los libros de Concha Zardoya, *Historia de la literatura norteamericana*, y Zohn Brown, *Panorama de la literatura norteamericana contemporánea* (*Ibidem*, 542-546). En los siguientes números encontramos las reseñas de la obra de Stanley Williams, *La huella española en la literatura norteamericana* realizada por uno de los nombres importantes del hispanoamericanismo sevillano, el profesor Juan Collantes de Terán (XIV, 1957, 579-582), autor también de la reseña del libro clásico de Antonio Castro Leal, *La novela de la Revolución Mexicana* (XV, 1958, 695-696). A él se deben también las primeras impresiones de una de las obras claves del modernismo hispanoamericano, como es el clásico *Símbolo y color en la obra de José Martí*, de Iván A. Schulman (XVII, 1960, 747-750), así como las anotaciones de los libros *Unamuno y América*, de Julio César Chaves, y *América y Unamuno*, de Manuel García Blanco (XXI, 1964, 812-813).

El elenco de reseñistas que intervienen en el *Anuario*, así como las obras seleccionadas, supone, de alguna forma, un verdadero canon de la historiografía americanista, tal y como vemos en los textos firmados por Morales Padrón, responsable de dar a conocer dos obras fundamentales del mundo colonial: *Historiografía Indiana*, de Francisco Esteve Barba (*Ibidem*, 823-825), y *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida 1485-1492*, de Juan Manzano y Manzano (*Ibidem*, 830-831). También destaca la labor realizada por Miguel Maticorena Estrada, encargado de las *Obras Completas* del Inca Garcilaso de la Vega (XVII, 1960, 738-740), de las *Obras Completas* de José de la Riva Agüero (XIX, 1962, 796-797), y de «*El Antijovio*» de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de realidad y verdad en la época de la Contrarreforma y el Manierismo de Víctor Frankl (XX, 1963, 778-779). También Luis Navarro aparece como

reseñista con un texto sobre la obra de Aurelio S. Miró Quesada, *El primer virrey-poeta en América (Don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaro)* (XIX, 1962, 787-788).

Estas secciones se mantienen hasta el tomo XXVII de 1970. Hay un vacío de más de dos décadas hasta que vuelve a retomarse en 1993, cuando el *Anuario* se publica de manera semestral, con dos números al año, y las secciones bibliográficas se hacen obligatorias para un lector especializado que reclama información de primera mano. Así ocurre con un tema tan goloso como es la historia cultural de México, que cuenta con numerosísimas reseñas, entre las que destaco las de clara filiación literaria, como los libros de Fabio Troncarelli, *El mito del «Zorro» y la Inquisición de México. La aventura de Guillén Lombardo (1615-1659)* (61-2, 2004, 722-725), o el coordinado por Laura Suárez de la Torre, *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855* (61-1, 2004, 329-336). En una línea parecida encontramos reseñas de libros dedicados a la literatura cubana, como los escritos por Ángel Esteban, *Literatura cubana. Entre el viejo y el mar* (64-2, 2007, 305-310); Araceli Tinajero, *El lector de tabaquería: historia de una tradición cubana* (65-1, 2008, 348-351); o Pablo Sánchez, *Liturgias utópicas. La Revolución cubana en la literatura española* (71-2, 2014, 773-778).

Por razones evidentes los textos coloniales siguen teniendo mucho peso en el *Anuario* y por tanto un lugar preferente a la hora de focalizar las posibles reseñas, lo que explicaría su visibilidad en los últimos años, tal y como vemos en los textos de Eugenio Salazar, *Silva de poesía. Obras que Eugenio de Salazar hizo a contemplación de doña Catalina Carrillo, su amada mujer* (62-1, 2005, 354-357); Claudia Rosas Lauro, *El miedo en el Perú. Siglos XVI al XX* (62-2, 2005, 343-346); Cedomil Goic, *Letras del Reino de Chile* (65-2, 2008); José Luis Abellán, *La idea de América. Origen y evolución* (67-1, 2010, 305-308); Trinidad Barrera López (ed.), *Herencia cultural de España en América. Siglos XVII y XVIII* (67-1, 2010, 309-311); Carlos de Sigüenza y Góngora, *Oriental planeta evangélico* (67-1, 2010), o el volumen editado por Carmen de Mora, Guillermo Serés y Mercedes Serna, *Humanismo, mestizaje y escritura en los Comentarios Reales*.⁴⁷ Por razones muy diversas siempre parece estar de moda Antonio

⁴⁷ Reseñado por mí en AEA, 70-2, 2013, 759-767. Veinte años antes se había reseñado el libro de Carmen de Mora, *Las Siete Ciudades de Cibola. Textos y testimonios sobre la expedición de Vázquez Coronado* (L-1, 1993, 323-324), y en el mismo volumen la reseña del libro de Ignacio Arellano, *Las Indias (América) en la literatura del Siglo de Oro* (*Ibidem*, 308-310).

Pigafetta, cronista de cabecera de García Márquez, en esta ocasión traducido al inglés, *Magellan's Voyage. A narrative account of the first circumnavigation* (XXVI, 1969, 796-797).

Aunque en los últimos años se han publicado numerosos trabajos dedicados a la figura de Rubén Darío, sobre todo a raíz del centenario de su muerte, lo cierto es que solo se ha reseñado el libro de Susana Zanetti, *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires 1892-1916* (61-2, 2004, 727-732).

Como ya se ha dicho, un tema espinoso y no del todo bien drenado por una parte de la sociedad española, como es el exilio, ha tenido su espacio entre las reseñas del *Anuario*, como vemos en los trabajos de Dora Schwarzstein, *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina* (LX-1, 2003, 354-358), y el coordinado por Dolores Pla Brugat, *Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina* (67-1, 2010, 354-358). Yo mismo he podido reseñar una obra mayor en este sentido, como es la de Julio Gálvez, *Winnipeg. Testimonios de un exilio* (72-2, 2015, 773-778), perteneciente a la imprescindible colección «Biblioteca del Exilio» de la Editorial Renacimiento. En los últimos años me ha correspondido reseñar libros interesantes (o importantes) que han llegado a la redacción del *Anuario* y que representan, de alguna manera, los nuevos rumbos de la literatura y de la filología, con focalizaciones prioritarias en autores hispanoamericanos de la última generación, como el novelista chileno Roberto Bolaño⁴⁸ o el crítico hispano-uruguayo Fernando Aínsa.⁴⁹

Las conclusiones necesarias para una conmemoración

Es evidente que los estudios filológicos han tenido en el *Anuario de Estudios Americanos* un aliado tan necesario como eficaz, sirviendo de plataforma para que muchos investigadores de todas partes y condición pudiesen expresar sus inquietudes investigadoras en un formato que garantiza el rigor científico y la acreditada repercusión más allá de las fronteras nacionales. Aunque analizados en su conjunto los trabajos literarios representan un porcentaje menor de lo que hubiéramos pensado, lo cierto es que su número no es nada desdeñable, sobre todo si se tiene en cuenta que la

⁴⁸ México en la obra de Roberto Bolaño. *Memoria y territorio*, de Fernando Saucedo. Reseñado por mí en AEA, 75-1, 2018, 376-382.

⁴⁹ Palabras nómadas. *Nueva cartografía de la pertenencia*, de Fernando Aínsa. Reseñado por mí en AEA, 71-2, 2014, 729-734.

revista fue fundada con una clara motivación historiográfica, en un centro, la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, dedicado a la investigación histórica. Desde los primeros volúmenes encontramos textos de gran calado filológico que analizan obras y autores que serán parte importante del canon literario hispanoamericano, con un escoramiento evidente hacia el mundo colonial y hacia las letras del Siglo de Oro, en parte porque así estaba en el ideario académico de quienes a lo largo de los años dirigieron y asesoraron la revista, aprovechando de alguna manera ese caudal inabarcable de información que representan tanto la Biblioteca de la EEHA como el Archivo General de Indias.

Sin embargo, no hay que olvidar los duros años en los que nace y crece el *Anuario*, con una España descarnada e inmisericorde que acaba de surgir de su contienda civil, con un régimen autoritario que da muestras de ensañamiento y persecución desde los primeros lances de la dictadura, como si la victoria militar no fuera suficiente para los vencedores. En este contexto de atraso cultural y de represión feroz de la intelectualidad disidente, los departamentos literarios que habían sido esquilados y expurgados al final de la guerra, se llenan de profesores e investigadores que ven en el periodo colonial, o en los siglos de oro, un refugio necesario para preservar su integridad física y evitar problemas con el régimen militar que no veía con buenos ojos la lectura e interpretación de los escritores contemporáneos, ya fueran de la Generación del 98 o de la del 27. Por eso, hasta prácticamente la llegada de la democracia no hay grupos de investigación (o de investigadores) que tratan de rescatar esa otra literatura que la censura y el exilio había amordazado durante la larga noche del franquismo.

Quizás sea esta una de las razones fundamentales por las que el *Anuario* no se hizo eco de la nueva narrativa hispanoamericana que estaba arrasando en el mundo editorial de todo Occidente, en parte porque la censura prohibió de forma expresa el flujo de autores hispanoamericanos con un evidente pedigrí progresista, cuando no revolucionario, en parte porque los propios escritores españoles de la postguerra fueron muy celosos y reacios a compartir su espacio editorial con aquellos «bárbaros», como en algún momento se les llamó, que venían del otro lado del océano, con unos procedimientos técnicos y unos recursos narrativos que dejaban en evidencia el anquilosado panorama de la novela española, anclada en un trasnochado realismo social. También debemos tener en cuenta que los primeros especialistas en el *boom*, en el realismo mágico, en la nueva narrativa hispanoamericana en definitiva, debieron buscar foros más adecuados para sus

publicaciones, persiguiendo siempre la visibilidad de sus trabajos en las revistas especializadas del ramo.

A pesar de todos estos inconvenientes, que forman parte de las heridas culturales y sociales de una época conflictiva, lo cierto es que el *Anuario* tuvo siempre una vocación muy moderna, cosmopolita incluso, y eso explicaría la necesidad de dar a conocer todo tipo de libros y autores a través de sus reseñas y sus secciones bibliográficas desarrolladas a lo largo de las décadas, con algunas intermitencias que posiblemente obedecieron a criterios de los órganos de dirección de entonces. Analizado el asunto con una mirada diacrónica, certificamos que estas secciones —que cambian de nombre con el tiempo— fueron como una ventana abierta por donde entraron alegremente los autores y las obras literarias que estaban apuntalando la tradición hispanoamericana, dándole un sesgo especial a la excesiva uniformidad de la ciencia historiográfica. Como dice el cronista neogranadino Juan Rodríguez Freyle (1566-1640) en *El carnero*, se trataba de pedir «joyas y ropas prestadas» y «de los mejores jardines coger las más graciosas flores». Dicho de otra forma: se enriqueció el índice de trabajos históricos con otros de índole literaria.

Creo necesario destacar que entre la historiografía más pragmática y la literatura, cualquiera que sea su morfología, hay un espacio abierto, permeable, poroso, que permite la hibridez genérica, que invita el deslizamiento metodológico entre el positivismo histórico y el posibilismo de la ficción, mostrando en todo momento que muchos de los textos publicados en el *Anuario* iban más allá de la linealidad y el rigor del discurso historiográfico, para deslizarse poco a poco hacia las estrategias discursivas propias del mundo literario. Es evidente que con los años y con los nuevos contextos sociales, políticos y culturales que vive la sociedad española, el *Anuario* se ha remozado y se ha modernizado para seguir siendo, muchos años más —otros setenta y cinco años más—, una de las grandes publicaciones del ámbito internacional, dando entrada a temas que hubieran sido impensables hace no muchos años. El *Anuario de Estudios Americanos* va a seguir siendo santo y seña del mejor americanismo internacional y solo cabe mostrar el agradecimiento y el más sincero reconocimiento a tantas generaciones de investigadores, y al personal de la Escuela, que hicieron posible el milagro de la supervivencia en esta incierta caminata investigadora llena de tachuelas y piedras filosas.

Recibido el 7 de septiembre de 2018
Aceptado el 18 de septiembre de 2018

Referencias bibliográficas

- Acevedo, Edberto Óscar, «Conceptos políticos de Simón Bolívar», *Anuario de Estudios Americanos* [en adelante *AEA*], VIII, 1951, 213-244.
- Aguirrezabala, Marcela, «Mujeres casadas en los negocios y el comercio ultramarino entre el Río de la Plata y la Península a fines del siglo XVIII», *AEA*, LVIII-1, 2001, 111-113.
- Alberti Manzanares, Pilar, «“Donde quiera que me paro, soy yo”. Mujeres indígenas desde una perspectiva de género», *AEA*, LI-1, 1994, 287-301.
- Alted, Alicia, *La voz de los vencidos*, Madrid, Aguilar, 2005.
- Anderle, Ádám, «Cien años de guerra por Martí», *AEA*, LV-1, 1998, 73-80.
- Areta Marigó, Gema, «El barroco y sus máscaras. Vida y sucesos de la Monja Alférez», *AEA*, LVI-1, 1999, 241-252.
- Arias, Salvador, «*Está de bárbaros el país*, un ejemplo de crónica martiana», *AEA*, LIII-1, 1996, 215-231.
- Armas, Ramón de, «José Martí: la verdadera y única abolición de la esclavitud», *AEA*, XLIII, 1986, 333-351.
- Azcona Pastor, José Manuel y Guijarro Mora, Víctor, «El imaginario tecnológico de Domingo Faustino Sarmiento: representaciones y arquetipos de América (1845-1885)», *AEA*, 70-2, 2013, 673-697.
- Aznar Soler, Manuel, *El exilio literario español de 1939*, Barcelona, Gexel-Cop d'Idees, 1998.
- Aznar Soler, Manuel, *Los laberintos del exilio. Diecisiete estudios sobre la obra literaria de Max Aub*, Sevilla, Renacimiento, 2003.
- Aznar Soler, Manuel, *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Sevilla, Renacimiento, 2006.
- Balcells, José María y Pérez Bowie, José Antonio (eds.), *El exilio cultural de la guerra civil*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2001.
- Barrera López, Trinidad, «La lógica de las acciones en *Los de abajo* de Mariano Azuela», *AEA*, XXXIV, 1977, 3-15.
- Barrera López, Trinidad, «La poética de la obra abierta en *Abaddón el Exterminador*», *AEA*, XXXVII, 1980, 513-525.
- Barrera López, Trinidad, «Problemas textuales de *Nafragios*», *Historiografía y Bibliografía Americanistas*, XXX, Sevilla, 1986, 21-30.
- Bermúdez Plata, Cristóbal, «Relaciones entre Jacobo Cromberger y Hernán Cortés con noticias de imprentas sevillanas», *AEA*, IV, 1947, 665-688.
- Bernabéu Albert, Salvador, «Pedro José Velarde: un rapsoda callejero en el México del siglo XVIII», *AEA*, 62-2, 2005, 187-218.
- Buxó Rey, María Jesús, «El rol de la mujer y los procesos de modernización. Una respuesta adaptativa de identidad cultura: la mujer chinchera (Cuzco)», *AEA*, XXXVII, 1980, 369-402.

- Caballero Wangüemert, María M., «La intertextualidad bíblica en *Otro día nuestro* de René Marqués», *AEA*, XXXVII, 1980, 527-538.
- Caballero Wangüemert, María M., «*Hijo de hombre*, de la tradición oral al mito», *AEA*, XLVIII, 1991, 653-667.
- Camacho Delgado, José Manuel, «Realidad, sueño y utopía en *La isla desierta*. Un acercamiento al mundo teatral de Roberto Arlt», *AEA*, LVIII-2, 2001, 679-690.
- Camacho Delgado, José Manuel, «Prólogo», en *Los Infortunios de Alonso Ramírez*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2008, 9-54.
- Camacho Delgado, José Manuel, *Piratas, marinos y aventureros en Cien años de soledad. De las crónicas de Indias a la novela de aventuras*, Sevilla, Arcibel, 2009.
- Caudet, Francisco, *El exilio republicano en México: las revistas literarias 1939-1971*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1992.
- Chica, Francisco (ed.), *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*, Madrid, Residencia de Estudiantes / El Colegio de México, 2002.
- Claret Miranda, Jaume, *El atroz desmoche: la destrucción de la universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006.
- Coello de la Rosa, Alexandre, «Héroes y villanos del Nuevo Mundo en la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés», *AEA*, 61-2, 2004, 599-618.
- Cordero, Inmaculada, *Los transterrados y España. Un exilio sin fin*, Huelva, Universidad de Huelva, 1997.
- Díaz, Marco, «La referencia a la obra arquitectónica en la prosa y la poesía de la Nueva España, siglo XVII», *AEA*, XXXVIII, 1981, 417-440.
- Díaz-Trechuelo López-Spínola, Lourdes, «Diego García Panes. Un autor olvidado», *AEA*, XXIII, 1966, 723-755.
- Donoso Rojas, Carlos, «Marginalidad y vanguardia en la posguerra: los inicios del teatro crítico en Chile (1883-1913)», *AEA*, 74-2, 2017, 705-728.
- Echeverría, Olga, «Leopoldo Lugones, el Estado equitativo y la sociedad militarizada. Una representación del autoritarismo argentino después del golpe de Estado de 1930», *AEA*, 61-1, 2004, 201-232.
- Egaña Rojas, Daniel, «Comerse las Indias. La alimentación como clave clasificatoria del Nuevo Mundo en la obra de Fernández de Oviedo», *AEA*, 72-2, 2015, 579-604.
- Garganigo, John F., «Historia y fantasía en *El viaje de los siete demonios* de Mújica Láinez», *AEA*, XXXVI, 1979, 467-502.
- Gallardo Saborido, Emilio José, «Atarse a estacas como trepar a mástiles: El *trac* piñeriano», *AEA*, 64-2, 2007, 253-266.
- Gallardo Saborido, Emilio José, «Sangre, intriga y materialismo dialéctico: notas sobre el teatro policíaco y de contraespionaje cubano», *AEA*, 65-2, 2008, 289-309.

- García Márquez, Gabriel, «Fantasía y creación artística», en *Notas de prensa, 1980-1984*, Madrid, Mondadori, 1991, 113-115.
- García Redondo, José María y Varela, Consuelo, «Ecos literarios y memoria cartográfica del *Famous Voyage* de Francis Drake», *AEA*, 70-2, 2013, 441-478.
- González, Sergio, *Huesos en el desierto*, Barcelona, Anagrama, 2002.
- González Palencia, Ángel, «Noticias biográficas del virrey poeta príncipe de Esquilache (1577?-1658)», *AEA*, VI, 1949, 73-160.
- González-Ripoll Navarro, María Dolores, «Las trampas de la utopía: Hostos y el 98 cubano y puertorriqueño», *AEA*, LV-1, 1998, 39-60.
- González Sánchez, Carlos Alberto, *Los mundos del libro. Medios de difusión de la cultura occidental en las Indias de los siglos XVI y XVII*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2001.
- Gracia, Jordi, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2004.
- Gracia, Jordi, *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2010.
- Griffin, Clive, *Los Cromberger de Sevilla: la historia de una imprenta del siglo XVI en Sevilla y Méjico*, Madrid, ICI y Comisión Nacional del V Centenario del Descubrimiento de América, 1991.
- Hidalgo Nieto, Manuel, «La numeración de las páginas en el manuscrito de Guamán Poma», *AEA*, VI, 1949, 231-240.
- Iwasaki Cauti, Fernando, «Vidas de santos y santas vidas: hagiografías reales e imaginarias en Lima colonial», *AEA*, LI-1, 1994, 47-64.
- Jiménez Núñez, Alfredo, «La Historia como fabricación del pasado: La frontera del Oeste o American West», *AEA*, LVIII-2, 2001, 737-755.
- Jou, Maite, «Gabriel García y Tassara: del nacionalismo romántico al concepto de raza hispana», *AEA*, XLIX, 1992, 529-562.
- Larraz, Fernando, *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.
- Lewis Galanes, Adriana, «“El hombre misterioso”/ “el cura”: el texto del segundo relato en las *Escenas de la vida privada en la isla de Cuba* por Félix Manuel Tanco Bosmeniel», *AEA*, LI-1, 1994, 185-211.
- León, Pedro R., «El gesto heroico: la muerte de Francisco Pizarro en la narración de Cieza de León», *AEA*, XXXIV, 1977, 97-111.
- Lida, Clara E. (comp.), *México y España en el primer franquismo, 1939-1950*, México, El Colegio de México, 2001.
- Marschoff, María y Salerno, Melisa A., «Abriendo baúles y desempolvando guardarropas. Mujeres y prácticas del vestido en el Buenos Aires virreinal», *AEA*, 73-1, 2016, 133-161.
- Martínez Martínez, María del Carmen, «Francisco López de Gómara y la Orden de Alcántara», *AEA*, 72-1, 2015, 151-176.

- Mancebo, María Fernanda, *La España de los exilios*, Valencia, Universidad de Valencia, 2008.
- Marco, Joaquín y Gracia, Jordi, *La llegada de los bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España, 1960-1981*, Barcelona, Edhasa, 2004.
- Matezanz, José Antonio, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española*, México, El Colegio de México/UNAM, 1999.
- Mavridis, Spyros, «*La isla desierta* de Roberto Arlt: una contertulia con el teatro de la crueldad de Antonin Artaud en la caverna de Platón», *AEA*, 71-1, 2014, 313-332.
- Montoro, Ricardo, *La Universidad en la España de Franco*, Madrid, CIS, 1981.
- Mora Valcárcel, Carmen de, «Darío, escritor fantástico», *AEA*, XXXIV, 1977, 113-135.
- Morales Padrón, Francisco, *América en sus novelas*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1983.
- Moreno Alonso, Manuel, «Las ilusiones americanas de don Juan Valera», *AEA*, XLVI, 1989, 519-568.
- Muro Orejón, Antonio, «Cristóbal Colón: El original de la capitulación de 1492 y sus copias contemporáneas», *AEA*, VII, 1950, 505-515.
- Nieto, Alejandro, *La tribu universitaria*, Madrid, Tecnos, 1984.
- Ortega, Julio, «La isla de Calibán», *AEA*, 61-1, 2004, 141-159.
- Peña, Margarita, «Poesía de circunstancias: dos epístolas en un cancionero novohispano», *AEA*, XXXVI, 1979, 503-530.
- Plotkin, Mariano, «Aprendiendo a entender. Victoria Ocampo y su descubrimiento de los Estados Unidos», *AEA*, LIX-2, 2002, 565-588.
- Pons, André, «Bolívar y Blanco White», *AEA*, LV-2, 1998, 507-529.
- Pupo-Walker, Enrique, *La vocación literaria del pensamiento histórico en América: desarrollo de la prosa de ficción, siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*, Madrid, Gredos, 1982.
- Rama, Ángel, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982.
- Rentería Mantilla, Alfonso (ed.), *García Márquez habla de García Márquez*, Bogotá, Rentería Editores, 1979.
- Rodríguez Martín, María del Carmen, «A través del espejo: doble y alteridad en Borges», *AEA*, 65-1, 2008, 277-291.
- Rumazo, José, «Francisco de Orellana y el descubrimiento del Amazonas o Río de San Francisco de Quito», *AEA*, III, 1946, 67-84.
- Ruiz Acosta, María José, «Entre la estima y el reproche. La visión de la prensa sevillana acerca de las relaciones entre España e Hispanoamérica (1898-1903)», *AEA*, LVIII-1, 2001, 209-226.
- Sánchez-Cuervo, Antolín (coord.), *Las huellas del exilio. Expresiones culturales de la España peregrina*, Madrid, Tébar, 2008.

- Santonja, Gonzalo, *Los signos de la noche. De la guerra al exilio*, Madrid, Castalia, 2003.
- Sosenski, Susana, «Niños limpios y trabajadores. El teatro guiñol posrevolucionario en la construcción de la infancia mexicana», *AEA*, 67-2, 2010, 493-518.
- Vilaplana Montes, Manuel, «Juan Valera y la guerra hispano-cubana», *AEA*, XXXIV, 1977, 589-605.